



**APROXIMACIÓN A LA HISTORIA
DEL NACIONALISMO CANARIO**

DOMINGO GARI-MONTLLOR HAYEK

Introducción

Para acercarnos a la comprensión del fenómeno del nacionalismo canario en su última etapa histórica, esto es, en los años comprendidos entre 1960 y 1983, tenemos que recurrir, como primera medida, a la interpretación del marco socio-económico en que se desarrolló dicho proceso. Evidentemente, en un artículo de tan breve espacio es casi imposible desmenuzar completamente el análisis de dicha situación, por lo que nos veremos obligados a hacerlo resaltando los aspectos que consideramos que encierran una mayor importancia.

Este análisis estaría incompleto si no lo acompañásemos de un breve estudio sobre los fenómenos que, a escala internacional, se produjeron en esa época, más concretamente, en lo que concierne a la situación que se vivía en el continente africano, desde el punto de vista «nacional», y los procesos vividos en Europa como consecuencia del auge experimentado por los movimientos revolucionarios, a finales de los años sesenta y la década de los setenta. A esto habría que añadirle, lógicamente, la situación generada, tras la muerte del dictador F. Franco, y el derrumbe del modelo fascista de Estado en España, y la consiguiente transición democrática.

El tercer aspecto se centrará en el tema propiamente elegido, intentando vislumbrar las diferentes concepciones que del nacionalismo canario han levantado los distintos partidos y organizaciones políticas inscritas en ese ámbito de actuación.



1. *El Marco Socio económico*¹

El moderno nacionalismo canario surge en unas condiciones socio-económicas que podríamos caracterizar como subdesarrolladas.

En las Canarias de la post-guerra, amplias masas de la población vivían una situación absolutamente depauperada, tanto desde el punto de vista económico, como social y cultural.

En 1950 el 53% de la población activa estaba dedicada al sector primario, en 1960 era el 41% y en 1975 el 19,9%. El sector secundario prácticamente estuvo inamovible en los años que transcurrieron entre 1950 y 1975. En el primero representaba el 10,7% y en el segundo el 11,9%. Por lo tanto, el trasvase de mano de obra se produjo del sector primario al terciario, que pasó de representar, en 1960, el 19,3%, al 65,8% en 1975.

Esto quiere decir que la estructura productiva canaria sufrió un cambio en 25 años absolutamente radical. Pasó de ser una sociedad eminentemente agraria en 1960, a convertirse en una sociedad de servicios en 1975.

Estos procesos que en los países centrales del capitalismo fueron de una forma paulatina y motivada por causas endógenas, esto es, por el propio desarrollo del sistema de producción capitalista, que transformó primero la estructura agraria para dar paso a la industrial y posteriormente a los servicios, en Canarias se desarrolló de forma rápida y traumática. Como vimos en los datos expuestos, mientras que el sector secundario apenas notó aumento alguno de sus activos, el sector terciario se convirtió rápidamente en el dominante de la estructura productiva canaria, fenómeno que desde nuestro punto de vista es explicado por el carácter, fundamentalmente, exógeno del proceso, en la misma línea de la historia de la economía canaria desde el siglo XV.

Este fenómeno no sólo influyó en la producción, sino también, en la cultura.

Canarias, históricamente, había tenido un comportamiento cultural propio de países agrarios atrasados, esto quiere decir que se mantenían altas tasas de analfabetismo, lo que implicaba bajos grados de cualificación de la mano de obra. De esta forma en los periodos de mayor auge emigratorio, tanto a América, en la primera etapa después de la Guerra Civil, como en la emigración intracanaria, la población fue empleada como mano de obra barata, gracias,



sobre todo, al bajo grado organizativo, desde el punto de vista político y sindical que tenía la clase obrera canaria.

A esto habría que añadirle un comportamiento demográfico, donde destacaban los altos índices de natalidad junto a una baja mortalidad, lo que producía un crecimiento vegetativo, que alcanzó en los periodos de mayor auge un 2,5%, índices comparables a los de los países, hoy llamados, del Tercer Mundo.

En definitiva, podríamos decir que Canarias en los años sesenta presentaba un cuadro, desde el punto de vista socio-económico, más parecido a los periodos de anteguerra, que a los actuales. Pero es en esos momentos cuando las cosas empiezan a cambiar, digamos que fue un periodo de transición, porque si efectivamente los comportamientos tradicionales seguían siendo dominantes, por ejemplo en lo que respecta a la figura de los caciques, también es verdad que comienzan en esos años a aparecer nuevos elementos, profesionales, fundamentalmente, de la abogacía, que jugarían un papel muy importante en la toma de conciencia de la clase obrera canaria. Resultado de la aparición de estos nuevos agentes sería el movimiento Canarias Libre. Pero eso lo veremos más adelante.

2. El Marco Político y Económico Internacional

En el plano internacional, los años sesenta significaron la recuperación económica de la Europa capitalista, después de la bancarota generada tras la II Guerra Mundial.

Y el Estado español no quedó al margen de esta recuperación, aunque, evidentemente, siguió ubicado en una situación de segundo orden con respecto al resto de países Europeos capitalistas, a pesar de la firma con los EEUU, en 1953, de los tratados de cooperación.

Pero ese auge de la economía europea y norteamericana, fruto de la cual saldrían fortalecidos los nuevos agentes económicos mundiales, las grandes trasnacionales, sufrió un revés a comienzo de los años setenta, como consecuencia, de la denominada, «crisis del petróleo», aunque en realidad sería más acertado llamar la «crisis energética».

Esta nueva situación, significó una remodelación de las relaciones de fuerzas en el plano internacional, al mismo tiempo que generó nuevas estructuras clasistas en las sociedades avanzadas, generali-



zando el papel del asalariado pero en el sector de los servicios, y reduciendo el número de trabajadores industriales, conocidos en el lenguaje clásico como proletariado, el cual se vio reforzado en los países periféricos.

Estos nuevos problemas, que no son sólo económicos, sino también políticos y sociales, han generado que los países centrales del capitalismo, donde se ubican los organismos de control de las grandes multinacionales, sean los centros neurálgicos de dominio de la economía internacional. Esta situación «ha abierto una áspera lucha en el mundo, una nueva división internacional del trabajo»² fruto de la cual «se están acentuando de nuevo las guerras económico-comerciales, las tensiones militares, los avances conservadores, las corrientes militaristas, etcétera»³

La década de los sesenta fue la época de las independencias por excelencia, tanto en África como en Asia, así como momentos de revoluciones en el Tercer Mundo. De éstas la más significativa por su proximidad histórica y por su influencia en Canarias fue la Revolución Cubana. Pero al mismo tiempo la situación generada en el Magreb tras la independencia de Argelia, en 1962, la revolución libia de Gadafi en 1969, la instauración de estados progresistas en todo el continente africano, como los casos de Mozambique, Angola, Guinea y Cabo Verde, etc., configuraron una organización continental africana, que si bien fue un instrumento del neocolonialismo, iba a jugar dentro de sus propias contradicciones un papel favorable hacia la descolonización total del continente, por lo menos en su aspecto formal. Por último, esta situación dada, de la cual se había beneficiado el MPAIAC, se acentuó después de los Acuerdos Tripartitos de Madrid, por los que España vendió el Sáhara Occidental a Marruecos y Mauritania, en 1975.

En Europa, la situación generada tras los sucesos de 1968 fue «in crescendo», durante toda la década siguiente.

Aparecieron los movimientos izquierdas, sobre todo influidos por el maoísmo y el troskismo, y que además habían roto ya definitivamente con la URSS. Estos nuevos movimientos que en el ámbito europeo se situaban fuera de la órbita de los PC históricos, y propugnaban nuevas formas de organización para la clase obrera, o incluso buscaban nuevos sujetos revolucionarios, a la vista de la pasividad y del conformismo en el movimiento feminista, ecologista y antimilitarista.



Pero dentro de esos movimientos habría que diferenciar, por lo menos, tres casos distintos. Unos, muy influidos por el movimiento hippy, sólo fueron el resultado de un descontento generacional, pero no tenían intenciones de buscar modelos alternativos a la situación generada. Otros encontraron en una aparente radicalidad las formas de transformar el sistema capitalista, fruto de esto fue la aparición de los grupos terroristas, tales como las Brigadas Rojas, la Fracción del Ejército Rojo, etc., que habría que distinguirlos de los movimientos de estas características que surgen en determinadas naciones europeas, como son el caso de los vascos, los irlandeses o los corsos, donde la cuestión que se plantea difiere en sus causas.

El tercero, está caracterizado porque se proponen la transformación de la sociedad en un sentido comunista pero, por supuesto, alejándose, radicalmente, de los modelos existentes en los países llamados del socialismo real, aunque como bien plantea Enric Tello habría que denominarlos países del «socialismo irreal». Estos grupos tales como Poder Obrero, Autonomía Obrera, tuvieron un mayor eco en Italia, donde lograron levantar organizaciones como las citadas, con una influencia y un peso dentro de la clase obrera que les permitía jugarle la hegemonía política y, sobre todo, ideológica, en el terreno del comunismo, al PCI.

Estas organizaciones, que criticaron tanto la actuación represora del estado italiano, sobre todo de la judicatura, como la actuación de las Brigadas Rojas, por considerar que su actuación no ayudaba a la clase obrera ni al proyecto transformador, fueron espoleadas por esos dos bandos.

Hacia los inicios de los años ochenta no quedaba ya rastro del auge revolucionario de la década anterior, y sólo permanecieron los grupos terroristas, pero ya sin influencia de masa considerable.

3. El Nacionalismo Canario

Como es bien conocido, una de las características más llamativas de la realidad política de Canarias es la gran proliferación de organizaciones y partidos que conviven en este marco histórico y político. Este es un fenómeno que comienza a ser latente en esta etapa de la historia reciente de las islas.

Donde se puede apreciar la importancia de este fenómeno sociológico es a través de la concurrencia electoral de estas organi-



zaciones que, desde el año 1977, han oscilado entre las cuarenta y las cincuenta; y ello a pesar de lo pequeña que es, numéricamente, la población canaria. A este fenómeno contribuye, sin duda, la importancia que tienen las organizaciones insulares y locales. A pesar de ser éste un fenómeno bastante claro y, a la vez, característico de nuestra realidad política no se le ha dedicado el suficiente esfuerzo a su estudio, de tal manera que se pueda abarcar desde todas sus dimensiones. No obstante, algunos trabajos se han venido ocupando, al menos, de algunos aspectos parciales de esta problemática. Entre otros, los realizados por el profesor Juan Bravo de Laguna.

Este autor tiene varias publicaciones al respecto, sobre todo, en forma de artículos, en los que ha realizado un gran trabajo de sistematización y ordenación de datos, sin duda de gran utilidad a la hora de examinar la dimensión cuantitativa de los distintos procesos electorales. Sin embargo, este trabajo es, sobre todo, una sociología electoral, por lo que no alcanza a desarrollar otras vertientes de la vida política canaria.

No obstante, el autor basa estos análisis en una serie de premisas teóricas y metodológicas en las que es preciso detenerse. Estos estudios plantean que la autenticidad democrática del Estado español después de 1976, es incuestionable. Las tesis principales en las que sustenta esa afirmación son básicamente de carácter jurídico, apoyadas sobre tres puntos centrales, los cuales giran además en torno al sistema electoral, esto es, en la forma —el continente que no contenido— en que el pueblo elige a sus representantes políticos. Estos tres puntos son: primero, la inexistencia del fraude electoral, dado que todas las listas electorales tuvieron la posibilidad legal de colocar interventores y porque además, pudieron hacer uso de una abundante normativa jurídica para poder impugnar los resultados, pero también porque la existencia de poderosos medios de comunicación, como la televisión o la radio ponían en guardia a amplios sectores de la población; segundo, la escasa posibilidad de alteración de la intencionalidad del sufragio, dado que, los individuos y grupos sociales tienen un comportamiento electoral concreto en función de sus demandas y de sus intereses grupales, por lo cual es importantísima la intención de sufragio de carácter originaria y personal. Este argumento, es además sostenido en base a que, en Canarias hoy, la mayoría del electorado es de carácter urbano, y por lo tanto, el peligro de influencia caciquil es escaso en ese tipo de proce-

sos; tercero, por último, se hace referencia a la denominada «abstención electoral pasiva no técnica» la cual carece de importancia desde el punto de vista político, porque desde la óptica de la sociología electoral es imposible su análisis, esto es, determinar sus causas. Por lo tanto, este tipo de abstención no puede ser reclamada por ningún grupo político en concreto, a menos que sea bajo la óptica de la manipulación. De esta forma, la filosofía que se trasluciría sería la de que quien calla otorga, o dicho en sus propios términos, «quien calla, quien no vota, no dice nada, se conforma, por definición, con lo que dicen los demás»⁴.

Otra vertiente que analiza este autor es el de las dimensiones de las formaciones políticas. En este ámbito distingue las fuerzas estatales y las subestatales, las cuales podrían ser simplemente regionalista o canaristas de corte autonomista, y por otro lado, las nacionalistas autodeterministas. Estas estarían caracterizadas por tres fenómenos concretos: primero, falta de tradición histórica, y con influencia, sobre todo, en la emigración; segundo, endebles teórica, tanto desde el punto de vista del análisis teórico, como desde la concepción de sus estrategias políticas; tercero, la dispersión y atomización organizativa y la ausencia de un liderazgo mantenido, que sólo se ha manifestado de manera coyuntural.

De cualquier forma, entre las fuerzas políticas subestatales habría que destacar por su importancia electoral en 1977 a Pueblo Canario Unido (PCU) y en 1979 a la Unión del Pueblo Canario (UPC), convertidos en la amalgama del izquierdismo radical en Canarias.

En 1979, UPC es cuestionada por las radicales y acusada de derechización, terminando su disolución en 1983.

Al margen de este autor han habido otros tales como Alfonso O'Shanahan, que ha hecho pequeñas aportaciones al tema, como son los artículos aparecidos en la voluminosa Historia de Canarias de Millares Torres. Este autor hace un artículo que tiene que ver más con un ensayo que con un trabajo propiamente histórico. Al margen de lo pequeño del artículo, habría que destacar la importancia que le concede al proceso de transición, que para el autor se extiende desde la muerte de Carrero Blanco hasta la subida al poder del PSOE. O'Shanahan plantea que uno de los hechos claves de la transición en Canarias fueron las elecciones al Parlamento autonómico, las cuales coincidieron con la «segunda renovación democrática de las corporaciones locales, hecho igualmente decisivo en





Canarias donde los Cabildos Insulares, representación ya casi secular de las islas, juegan un papel fundamental en la instrumentalización y despliegue del poder y, por consiguiente del cambio»⁵.

El autor se centra, casi preferencialmente, en hablarnos de los cambios en la estructura socio-económica canaria de los años setenta a los ochenta, aunque también nos habla en torno a las tensiones sufridas en Canarias, después de los Acuerdos de Madrid de 1975 con respecto al Sáhara, así como de la problemática de la OTAN, y cómo se vive en Canarias por primera vez las tensiones entre los grandes bloques militares. La traducción en el terreno político de estos fenómenos los enmarca en torno a la aparición de la Junta Democrática y el Gobierno autónomo, después de haber pasado la Junta de Canarias, período caracterizado por la hegemonía de UCD.

Para el autor, lo más destacado del período son los niveles de implantación de las fuerzas insulares, destacando los casos de Fuerteventura y El Hierro, o incluso formaciones comarcales de carácter populista, aparecidas en el Sur de Gran Canaria y en el Norte de Tenerife. Sin embargo, el hecho político más singular de la transición, según O'Shanahan, es la UPC; ésta representaría la aparición del nacionalismo cultural en Canarias, y que además se convertiría en un hecho básicamente positivo en el marco de la España de las autonomías que fija la Constitución de 1978.

Estos dos trabajos comentados son los que de una manera, más o menos central, se ocupan del problema del nacionalismo. Sin embargo, como hemos visto la atención se presta más a los fenómenos externos o, por emplear un lenguaje político, atiende más a los resultados electorales que a ninguna otra cosa, incluidas las propias características estructurales de las diferentes organizaciones del nacionalismo canario, comprendidas las que no entran en el juego electoral.

Como problema sociológico e histórico, el nacionalismo canario tiene más interés que el meramente electoral, si queremos atender, lógicamente, a los porqués, a los cómo y a los cuándo.

Desde nuestro punto de vista, una de las causas fundamentales que darían como resultado la formación de organizaciones canarias nacionalistas durante los años sesenta, eran las degradadas condiciones socio-económicas en que se encontraba el Archipiélago. De esta forma, en 1961 apareció la primera formación política de estas características, la conocida como Canarias Libre.



Además de esas condiciones socio-económicas, fueron varios factores los que hicieron posible la aparición de Canarias Libre, tales como la inquietud de la nueva intelectualidad canaria que no había vivido la represión de la postguerra, la presencia de células organizadas del Partido Comunista de España, que jugaron un papel fundamental en el desarrollo de este grupo, aportando sobre todo la experiencia organizativa adquirida en la clandestinidad.

Destacó, sobre todo, la célula del Barrio de Arenales, inspiradora principal de los sucesos del Estadio de fútbol, que fue el acontecimiento más destacado, desde el punto de vista propagandístico, que realizó este grupo, lo que supuso a su vez el comienzo de su desarticulación por parte de la policía.

Junto a la actividad estrictamente política de esta célula, destacó también el papel desempeñado por los distintos abogados laboristas, tanto en Las Palmas como en Santa Cruz de Tenerife. En el primero, la actividad se desarrolló en el despacho de Fernando Sagaseta, aunque tenía como actor principal a Carlos Suárez, que estaba desarrollando una labor importante, desde el punto de vista político-sindical en el Barrio de la Isleta.

En Tenerife Cubillo había montado el primer despacho laborista del Estado español y realizaba una interesante labor con varios sectores laborales, como los portuarios, los panaderos, los lecheros, etc.

Tanto la labor de unos como de otros se realizaba bajo la influencia del PCE, que en Tenerife contaba con la presencia de Cubillo, y en Las Palmas, aunque Sagaseta y Suárez no militasen todavía en él, tenían la influencia de un viejo militante del Partido como fue Germán Pires.

Pero junto a esto ocurrieron dos acontecimientos importantísimos, que ayudaron a configurar el nacimiento de Canarias Libre; el primero, y quizás de mayor relieve, fue el asesinato de Juan García «El Corredera», personaje que terminaría convirtiéndose en un símbolo de lucha y de resistencia antifascista; el segundo, fue el triunfo del movimiento guerrillero en Cuba, acontecimiento que se vivió en Canarias de una forma especial, sobre todo en la gente que empezaba a adquirir conciencia política y que además tenían parientes en aquella Isla, como sucedió en el caso de algunos integrantes de Canarias Libre.

Pero la vida de este grupo fue efímera. En 1962 fueron desarticulados y pasaron a prisión un buen número de militantes, cayendo



la pena más rigurosa sobre Fernando Sagasetta, el cual fue trasladado al penal de Burgos, donde conectó con presos del PCE y entró a formar parte de éste ingresado todavía en prisión.

Antonio Cubillo eligió el camino del exilio, y en Argel, después de haber roto con el PCE, funda el MPAIAC, en 1964.

El nacionalismo canario iba a permanecer desde esas fechas alejado del Archipiélago. Cubillo comienza a desarrollar su labor en el terreno internacional, obteniendo importantes reconocimientos en los organismos continentales africanos, fruto del cual es la declaración por parte de la OUA, en 1968, del carácter colonial de la formación social canaria y el consiguiente apoyo al movimiento independentista canario.

Pero no sería hasta 1973, en que en Canarias comenzasen a organizarse grupos independentistas y nacionalistas. La primera, es fruto de una escisión del PCE, que dio como resultado el Partido Comunista Canario (provisional) PCC(p), que junto con las Células Comunistas organizaron la coalición Pueblo Canario Unido, obteniendo un sorprendente apoyo de masas, reflejado en las elecciones de junio de 1977. En el terreno sindical se creó el Sindicato Obrero Canario (SOC), que experimentó un auge espectacular en sus primeros años.

Las diferentes disputas dentro de la coalición dieron al traste con ella, y junto a la proliferación de organizaciones nacionalistas de diferentes tendencias, tanto en lo que se refería a la solución para la problemática nacional, esto es, si eran independentistas o no lo eran, como en el terreno social, si eran comunistas, o no lo eran, crearon un estado insostenible de confusión, fruto del cual fue el surgimiento de la coalición electoral Unión del Pueblo Canario (UPC), que aunque tuvo mayor resonancia electoral que PCU, era más endeble organizativa e ideológicamente, lo que favoreció su disolución y la pérdida de contenidos de sus propuestas.

En esta coalición participaron el Movimiento de Izquierda Revolucionaria del Archipiélago Canario (MIRAC), el Partido de la Revolución Canaria (PRC), escisión del antiguo PCC(p), el Partido Socialista Canario (PSC), las Células Comunistas (CC) y organizaciones de cristianos de base tanto de Las Palmas como de Tenerife.

Al mismo tiempo en el terreno independentista se desarrolló una corriente que propugnaba la «lucha armada» como fue el caso del MPAIAC que, con sus acciones armadas, junto a la emisora que

controlaba Cubillo en Argel, jugaron un importante papel de politización de las masas, independientemente de su acertada o desacertada línea política.

Resultado de varias escisiones del MPAIAC fue el nacimiento de otros partidos y organismos independentistas que pretendieron darle un contenido de clase a su lucha, ejemplo de ellos son el Partido de los Trabajadores Canarios (PTC), Solidaridad Canaria, Confederación Canaria de Trabajadores (CCT), aunque fueron apagándose con la resaca de la ola politizadora que azotó a Canarias en la década de 1970.

Otros partidos nacionalistas desempeñaron un papel menos relevante, como fueron los casos del Partido Nacionalista Canario (PNC), el Partido Socialista Autonomista de Canarias (PSAC), o el Movimiento de Independencia de Canarias (MIC), que desarrolló su labor entre los canarios emigrados en Venezuela, pero que al final se convirtió en un mero apéndice del MPAIAC.





NOTAS

1. Los datos son tomados de Marcelo Alvarez, *Estructura Social de Canarias I-II*, Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria, Las Palmas, 1980. Y del trabajo de Martín Ruiz, J. F. *Canarias entre el éxodo y la emigración*, Cabildo Insular de Tenerife y Centro de la Cultura Popular Canaria, Islas Canarias, 1987.
2. Ingrao, Pietro *Nuestra Bandera*, N 102, enero-febrero, 1980.
3. Idem.
4. Hernández Bravo de Laguna, J. *Las Elecciones en Canarias (1976-1986)*. Gobierno Autónomo de Canarias, Las Palmas, 1987.
5. O'Shanahan, A «La transición Democrática en Canarias», en Millares Torres, *Historia General de Canarias*, Edirca, Las Palmas, 1983.



BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, Marcelo. Estructura Social de Canarias Vol. I (desarticulación y dependencia, claves de la formación social canaria) Vol. II (la reproducción social del subdesarrollo), Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria, CIES, Las Palmas, 1980.
- MARTÍN RUIZ, J. F. Canarias: entre el éxodo y la emigración. Cabildo Insular de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria. Islas Canarias, 1987.
- JAFFE, Hosea. Del Tribalismo al Socialismo. Siglo XXI, México, 1976.
- HERNÁNDEZ BRAVO DE LAGUNA, J. Las Elecciones Políticas en Canarias 1976-1986. Resultados y Análisis. La Década Democrática en Canarias. Consejería de la Presidencia del Gobierno de Canarias. Madrid, 1987.
- O'SHANAHAN, A. «La transición Democrática» en Millares Torres, Historia General de Canarias, Tomo XII (Canarias, siglo XX). Edirca, Las Palmas, 1983.
- INGRAO, P. «Movimientos Sociales y Transformación del Estado». Nuestra Bandera, N. 102, enero-febrero. Madrid, 1980.
- TELLO, E. «El Socialismo Irreal». Mientras Tanto. N. 40. Barcelona, 1990.